

Los Signos Del Tiempo: El afecto y la vida como potencias de la historia

Edwin Culp Morando
Universidad Iberoamericana

Resumen

En este texto remontamos la reflexión de Gilles Deleuze sobre la taxonomía de los signos en Charles S. Peirce en el contexto de sus seminarios sobre cine. El cambio principal será deslizar la noción de la afección instantánea, que Deleuze articula desde la primeridad en Peirce, hacia el problema del afecto y la duración. Esta discusión se pone en consonancia con la vuelta que hace Walter Benjamin a la potencialidad de la experiencia para resituar el problema de la historia.

Palabras clave: tiempo, afecto, experiencia, vida

Abstract

In this text, we go back to the discussion Gilles Deleuze raises on Charles S. Peirce's taxonomy of the signs, in the context of his film seminars. The main change will be to go from the notion of instantaneous affection, which Deleuze takes from Peirce's firstness, towards the problem of affection and duration. This discussion is set in consonance with the way Walter Benjamin goes back to the potentiality of experience in order to reinstate the problem of history.

Keywords: time, affect, experience, life

En el primer tomo de sus seminarios sobre cine, *Bergson y las imágenes*, Deleuze vuelve a Maine de Biran para explicar la noción de afección: aquello que estaría antes de cualquier relación (que al menos implica dos), de cualquier esfuerzo, de cualquier resistencia. Toda afección, explica, “posee un aspecto pasivo y otro motor involuntario [una impronta o impresión], en el sentido de la motricidad involuntaria”.¹ Lo que resultará

¹ Gilles Deleuze, *Cine 1: Bergson y las imágenes*, tr. Pablo Ires y Sebastián Puente, Buenos Aires: Cactus, 2009, p. 364.

interesante, sigue, es mirar el aspecto de la motricidad: una motricidad “primera”, primaria, primitiva, que se desprende del acto para volverse radicalmente potencial. El movimiento involuntario, sigue Deleuze, va de la periferia al centro, mientras que los movimientos voluntarios van del centro a la periferia. Sin duda, la motricidad involuntaria aparece desde la relación, reacción, esfuerzo o resistencia, pero se desprende de ésta, la deslocaliza, la desubica. Más aún, la afectividad como motricidad involuntaria aparece como anterior a cualquier reacción o cambio y, sin embargo, resulta imposible situar su origen en una línea del tiempo: su aparición remite a un pasado primitivo, general, no fechable.

Así, Deleuze sigue a Main de Biranen su recorrido por cada órgano de los sentidos: la afección pasiva del ojo sería la luz y su motricidad involuntaria los movimientos del iris y reacciones del ojo ante esa luz. El tacto y el gusto siguen caminos similares: resulta sencillo distinguir una afección pasiva (“es duro”), de una motricidad involuntaria (el recorrido de la mano al detectar la dureza). El asunto se complica cuando pasamos al olfato y al oído, sobre todo cuando buscamos sus motricidades involuntarias. Aquí se encuentra un giro muy interesante: la movilidad involuntaria no necesariamente ha de darse en el propio órgano. Así, al olfato le corresponde el movimiento involuntario de la respiración. El olfato se afecta y se produce la respiración como condición necesaria del olfato, que lo precede. ¿Y para el oído? A sus afecciones pasivas le corresponde el grito como movimiento involuntario, como impresión. Pero no cualquier grito, al menos no el grito que doy, sino el grito del animal —*le cri* en francés, *cry* en inglés—, el chillido, el gañido que se desgañita: aullido último de vida.² En la involuntariedad de la respiración y el gañido los sentidos imprimen la última instantánea de su afección; y el chillido, desgañitado, que agita la respiración, que acaba con ella, como el momento postrero al que se aferra la vida.

La afección así expresada no puede establecerse en función de un yo, puesto que precede a toda relación y a toda acción. Deleuze dice que las afecciones son del tipo *hay* (“hay amarillo, hay luz, hay esta o aquella cualidad”³) y su dato principal es que ya no pueden plantearse como relaciones determinables en el tiempo o el espacio. La afección no es

² *Ibidem*, p.365.

³ *Ibidem*, p. 366.

localizable ni siquiera en una parte del cuerpo, aparece justo en el momento en el que ya no puede localizarse en una parte sino que lo ha inundado todo, pareciera no haber tenido comienzo y su final no es previsible. Las afecciones escapan siempre a la actualidad, pertenecen al terreno de las potencialidades. “Primeridades” les llamará Peirce a esa serie de signos: “la primeridad es lo que hay de conciencia inmediata e instantánea en toda conciencia, sólo que ninguna conciencia es inmediata e instantánea”.⁴ Habría que detenerse en este punto: es lo *inmediato* e *instantáneo* de toda conciencia, salvo que esa inmediatez y esa instantaneidad no se encuentran en la propia conciencia; acaso parece que más bien se desprenden de ella. Peirce recurre a dos categorías temporales que justamente no permiten articular la relación. Lo inmediato aparece en el presente como si ya hubiera estado allí, proveniente de un tiempo del que no puede determinarse su origen; es lo instantáneo como un corte que separa cualquier causalidad de la relación. Necesariamente la conciencia —incluso en su forma de intencionalidad— implicaría una relación entre al menos dos términos, segundidad diría Peirce. La primeridad, entonces, se desprende como instante inmediato de la relación: corte sin duración extensiva que, cuando se percibe, pareciera ya haber estado ahí, surgido justo antes, sin mediación aparente.

De este modo, las afecciones se desprenden de la relación pero no se ubican en ella: la deslocalizan, la preexisten en un pasado no localizable —un pasado-en-general— en el corte sin duración de su actualidad. No podemos hablar de *un* momento ni siquiera de *este* momento. Es aquello de instantáneo, de impresión inmediata, de corte en suspensión que se contiene en la relación, que la preexiste en la medida en que aparece cuando ésta *habrá existido*. Aquí se puede seguir la reflexión de Henri Bergson (otra de las constantes referencias de Deleuze) al respecto de lo posible y lo real: el instante que surge como futuro anterior de la actualidad, potencialidad que se hace posible sólo por el acto pero que, sin embargo, lo precede en un pasado que no puede ubicarse en la línea del tiempo.⁵ Las afecciones son instantáneas en cuanto que escapan a la línea del tiempo. Como el futuro anterior, aparecen a la vez del acto, pero parecieran lanzarse hacia el pasado indefinido. La afección habrá

⁴ Charles S. Peirce, *Écrits sur le signe*, citado en *ibidem*, p. 375.

⁵ Henri Bergson, “Le possible et le réel”, en *La pensée et le mouvant*, París: PUF, p. 111.

sido posible sólo en la medida en la que la acción ocurre en la realidad; su inmediatez e instantaneidad anteceden a la relación pero sólo pueden aparecer a la vez que ésta. La afección como potencialidad es inactual; su instantaneidad e inmediatez no permiten situarla propiamente en la cronología.

Paolo Virno lleva el problema de la temporalidad de la potencia aún más allá: las potencias no estarían temporalizadas, sino que aparecen como temporalizantes, ordenadoras del propio devenir del tiempo. Dice:

...la relación entre potencia y acto es, sobre todo, una relación entre el *decurso* cronológico y el *orden* temporal, posición y posicionamiento, “antes” (o “luego”) empírico y horizonte de la anterioridad (o de la posterioridad). De modo que, en tal relación, más aún que un cierto recorrido y un cierto ordenamiento, habría que enfocar *el orden de aquello que transcurre y el curso de aquello que ordena*.⁶

De vuelta a Deleuze, en muchos sentidos su pensamiento es un pensamiento del devenir, del curso, de la variación, de aquello que ocurre en el intervalo. Si va a la instantánea de la afección, será solo para llevarla a su paso, a su cambio, a su diferencial: del instante a la duración. En su libro sobre Spinoza, dirá que “...las afecciones designan lo que le sucede al modo, las modificaciones del modo, los efectos de los otros modos sobre él”. Y luego añade:

Pero estas afecciones —imágenes o ideas— conforman un estado determinado (*constitutio*) del cuerpo y espíritu afectados, que implican mayor o menor perfección que el estado precedente. De un estado a otro distinto, de una imagen o idea a otra distinta se dan así transiciones, trasposos vividos, duraciones en las que pasamos a una perfección más o menos grande [...] A estas duraciones o variaciones continuas de perfección se les llama “afectos” o sentimientos (*affectus*).⁷

La diferencia con la afección, dirá más abajo, se da en que ésta última “...engloba tanto para el cuerpo como para el espíritu un aumento o

⁶ Paolo Virno, *El recuerdo del presente: ensayo sobre el tiempo histórico*, Buenos Aires: Paidós, 2003, p. 72.

⁷ Gilles Deleuze, *Spinoza: filosofía práctica*, Barcelona: Tusquets Editores, 2001, p. 62.

disminución de la potencia de acción”.⁸ De tal suerte que el cambio de un estado a otro, la duración que conforma ese cambio, conlleva no sólo una dimensión de ordenamiento temporal dada por la afección, sino que potencializa la acción en el cuerpo y espíritu.

Una línea en paralelo. En su definición de la noción de experiencia, Walter Benjamin abarca dos aspectos que resultan particulares: por un lado, que la experiencia sólo es aquella que se transmite y, al hacerlo, produce, a su vez, una experiencia (tomando como figura alegórica al narrador oral);⁹ por otro, que sólo puede llegar a ser parte de la experiencia todo aquello que “no ha sido vivido expresa y conscientemente”.¹⁰ El primer aspecto hace referencia a una sutileza que sólo puede verse en alemán. Benjamin utiliza para definir su noción el término *Erfahrung*, que refiere a la tradición y al saber popular, y no *Erlebnis*, que implicaría conocimiento e intelección de lo vivido. Para Benjamin, *la experiencia no está en el conocimiento que se transmite como información, sino en la sabiduría que pasa de generación en generación* como historias narradas a escuchas que *imprimen* su propia respiración, su atención y su escucha silenciosa al relato. En la narración oral, su ejemplo más claro de *Erfahrung*, el acento no está puesto en transmitir la información contenida en la historia, sino en que las huellas —como pasa con el artesano que modela una vasija de barro— del narrador y sus escuchas formen parte de esa transmisión. El *origen* de las historias de los narradores no puede ubicarse en el tiempo sino, acaso, éste siempre retorna distinto cada vez que la historia vuelve a contarse. El segundo aspecto de la experiencia también parece hacer relación a este primero: escuchar historias era escucharlas mientras se teje o se hila.

Narrar historias siempre ha sido el arte de seguir contándolas, y este arte se pierde si ya no hay capacidad de retenerlas. Y se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído. Cuanto más olvidado de sí mismo está el escucha, tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído.¹¹

⁸ *Ibidem*, p. 62.

⁹ Walter Benjamin, “El narrador”, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, tr. Roberto Blatt, Madrid: Taurus, 1991.

¹⁰ Walter Benjamin, “Sobre algunos temas en Baudelaire”, *Sobre algunos temas en Baudelaire*, p. 6. Disponible en http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/benjaminw/esc_frank_benjam0012.pdf [consultado el 3 febrero 2010].

¹¹ Benjamin, “El narrador”, p. 118.

Por una parte, la experiencia benjaminiana exige una acumulación que lleve a la acción (la experiencia se adquiere una vez que el escucha es capaz de narrar la historia con sus propias huellas); y por otra, la separación de la conciencia, ya no como instante que le precede, sino como duración desatendida, sin atención, sin mediación del decurso temporal.

Lo que vemos en Benjamin son las mismas dos características que Deleuze dejaba ver para el afecto-duración: el paso de un estado (instantáneo) al otro, de una impresión a otra, desatendiendo a la conciencia, el aumento o disminución de potencialidades de acción.

Benjamin no era ajeno a la noción de duración, particularmente la de Bergson, a la que Deleuze también está haciendo referencia implícita, es más, ésta constituye parte importante de su noción de experiencia. Benjamin le reconoce a Bergson el haber integrado la estructura de la memoria (que más tarde él derivará en la idea de lo memorable) como decisiva para la experiencia, pero le reprocha el no llevar la memoria a su especificación histórica: “Lo que separa a la *durée* bergsoniana del orden histórico (así como del orden prehistórico) es el hecho de que en ella haya sido suprimida la muerte”.¹² Para Benjamin, la noción de duración en Bergson alejaba a la experiencia de su posibilidad de devenir acción histórica.

Benjamin buscaba en sus *Tesis sobre la historia* una singularidad del tiempo y una heterogeneidad del devenir que interrumpieran el avanzar por el tiempo vacío —y sin posibilidad de acción— del progreso, al hedor de lo actual, a la imagen “eterna” del pasado que produce el burdel del historicismo.¹³ Sería la activación de un tiempo que escapa al devenir temporal, un tiempo inactual, que ordena la temporalidad, pero que en su ordenamiento no suprime a la muerte, siempre posible.

Un tiempo que se constituya como heterogéneo, no progresivo, no causal; es el tiempo como suspensión, como retardamiento, como duplicación en el *déjàvu*, como laguna en la que se ha navegado tanto ya que resulta lo mismo retroceder que seguir adelante. Una temporalidad de este tipo necesariamente es aquella que escapa al propio devenir de actualidades, que se acumula como potencialidad e inunda el cuerpo, que restituye en el cuerpo la separación entre la facultad y el acto que la modernidad (y mucho más


¹² Benjamin, “Sobre algunos temas en Baudelaire”, p. 29.

¹³ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México: Itaca, 2008, pp. 50-54.

particularmente, el capitalismo) no cesaría de colapsar. Un tiempo de la contigüidad, de la similitud que pone en vértigo a la representación, de lo inacabado, un tiempo que vacía su signo y vacía el espacio. Tal vez, sería lo que Foucault llamó, apenas de pasada, heterocronía.¹⁴

Tal vez, entonces, el modo en que Deleuze retoma las nociones de afectión y afecto no se desprenda demasiado de lo que buscaba Benjamin. En *La imagen-tiempo*, su segundo tomo sobre el cine, Deleuze no hará sino llevar las categorías peirceanas más allá de su condición signica hacia su posibilidad temporalizante de la duración: la imagen-cristal, en la que no podemos distinguir lo virtual de lo actual, aunque sí alcancemos a ver que hay dos imágenes distintas; los poderes de lo falso, las puntas de presente y las capas de pasado, en las que la memoria se conforma delante nuestro haciéndonos confundir lo ocurrido de lo que no hasta el punto de que lo único que podemos constatar es la verdad en la falsedad; o la imagen devenida mente, cuerpo y pensamiento, en las que lo legible se ha inscrito en la propia imagen y el pensamiento ha tomado forma de gesto, de intervalo y de interrupción irracional. Y todas estas categorías no hacen sino pasar por la finitud del cuerpo y el testimonio de la muerte, del miedo a tener miedo (Wim Wenders), de las visiones continuas de los personajes (el célebre “creí estar viendo condenados” de *Europa 1951*).

Volvamos al grito que habíamos dejado como gesto suspendido. Decía Deleuze que la motricidad involuntaria es un movimiento de la periferia al centro. El esfuerzo voluntario sigue, va a injertarse en la vida animal invirtiendo el sentido de esa motricidad involuntaria.

Restituir entonces la vida, lo animal, la vida animal, sería restituir el gesto involuntario, la motricidad, el movimiento de la periferia al centro. Sería detener el grito del animal, suspender el chillido, durar en el gáñido. El *Angelus* de Benjamin, más que un ángel, deviene un animal, fuerza de vida que se desgaña en un grito silente; en la potencia temporalizante de la historia. 

¹⁴ Michel Foucault, “Topologías (dos conferencias radiofónicas)”, *Fractal* 48 (2010), pp. 39-40. Disponible en <http://www.fractal.com.mx/RevistaFractal48MichelFoucault.html> [consultado el 12 octubre 2010].